

LA ETICA EN MÉXICO, HOY

SERGIO MUÑOZ BATA

La modernización económica de México y el papel rector de Carlos Salinas de Gortari en esta empresa son asuntos del dominio público en México y en Estados Unidos.

Poco se sabe, sin embargo, de la esforzada transformación del sistema de valores del mexicano que, incluso, antecede en el tiempo a la reforma salinista y cuya transición continúa hasta la fecha. Esta omisión se debe, en parte, a que la articulación sistemática de la transformación del fenómeno ético mexicano está todavía en proceso de formulación. Si bien es cierto que algunos autores, entre ellos Enrique Alduncin y Miguel Basáñez, han escrito sobre el tema, la definición, las formulaciones, los alcances y los límites de dicha transformación ética no han sido expresamente formulados todavía.

Los inicios

A mediados de la década de los sesenta, en universidades, foros, simposios, revistas y libros, los mexicanos criticaban diversos aspectos de la realidad del país. En materia de economía se preguntaban quién había salido beneficiado con el llamado "milagro mexicano", como se le describe a esa etapa de crecimiento económico con un ritmo del 6 por ciento anual y que abarca de finales de la Segunda Guerra Mundial a fines de ese decenio. En el fondo del cuestionamiento hay una profunda crítica al sistema político-económico-social emanado de la revolución de 1910, así como un señalamiento de su incapacidad para erradicar la ancestral desigualdad económica mexicana.

En 1968, el repudio a la respuesta autoritaria y violenta del sistema político ante las demandas de democratización de los estudiantes, cambia también las reglas del contrato político-social vigente. Años más tarde, el brusco deterioro de la situación económica de la mayoría de los mexicanos que siguió a la crisis de 1982 ahonda la brecha de credibilidad en el sistema político-económico institucional.

"Antes de 1982 -dice el economista Rolando Cordera- estábamos acostumbrados a la idea de que a cada nueva generación le iba mejor económicamente que a la anterior. Ese ya no es el caso ahora".

La crítica expresada por los distintos grupos sociales en estos dos momentos clave de la historia mexicana (el de 1968 y el de 1982), rebasó el estrecho ámbito coyuntural y se amplió para enjuiciar la validez de los valores tradicionales universales.

La transición

Estas, por supuesto, no fueron las únicas ocasiones en que el país sufrió ese tipo de sacudidas. Como bien señaló el poeta y ensayista Octavio Paz en 1987, el avance de México hacia la modernidad comenzó con su independencia de España. La independencia, continúa, significó un rompimiento con todo lo que el país había sido desde el siglo XVI y el inicio de un intento para ser tan moderno como el vecino del norte.

Pero el esfuerzo tenía un costo: "Ser moderno -escribió Paz- demandaba un sacrificio: nuestro sacrificio. El resultado de ese sacrificio es bien conocido; todavía no somos modernos, pero, desde entonces, andamos en búsqueda de nosotros mismos".

Esa búsqueda de identidad ha tenido lugar en una nación con profundos contrastes en los niveles de riqueza, costumbres y educación. En México, un viajero puede trasladarse figurativamente del siglo XX al XVI en un breve espacio.

La desigualdad, hacen notar algunos observadores, representa uno de los mayores obstáculos al progreso. Ese desequilibrio también forma la percepción mexicana de la ética. Al comienzo de su libro sobre los valores del pueblo mexicano, Enrique Alduncin caracteriza la dificultad de esta transición de lo tradicional a lo moderno con un pasaje muy revelador. "Los mexicanos afortunados que tienen buenos ingresos y buena educación se sienten satisfechos con sus logros individuales, pero insatisfechos con los del país". Como muchos observadores han hecho notar no podía ser de otra manera: los ricos de México son contemporáneos de la gente de países modernos, aunque no así el país.

Para enmarcar el significado de esta lucha entre la tradición y la modernidad, el escritor e investigador social Miguel Basáñez observa que México pertenece a un tipo de cultura contemplativa derivada del catolicismo español, según la cual el acceso a la vida eterna depende de la capacidad individual para soportar el sufrimiento, el dolor y la negación de sí mismo, con resignación, pasividad y sumisión.

Durante la conquista, esta filosofía religiosa fue profundamente imbuida en las mentes de los indígenas. Al mismo tiempo los conquistadores trasplantaron a México las virtudes del señor feudal ibérico: la generosidad, la dignidad, la grandiosidad y el machismo. Para el conquistador español, dice Basáñez, el poder significaba reconocimiento y la posibilidad de llevar una vida cuyos objetivos finales eran el ocio y la diversión.

"En contraste con nuestra cultura contemplativa -agrega- existen las llamadas culturas combativas, cuyo acceso a la vida eterna se logra mediante una vida activa y agresiva, ávida por transformar el medio ambiente con el trabajo, y cuyos valores son la laboriosidad, la humildad, la frugalidad, el servicio a los demás y la honradez".

El México moderno que tantos desean construir, advierte, tiene que alzarse desde los valores inherentes al primer ambiente cultural mencionado, hasta la ética laboral protestante que toma cuerpo en el segundo ambiente señalado. "Para las culturas activas -concluye- el trabajo es recompensa porque ennoblece. Para las contemplativas, es castigo porque degrada".

Ahora bien, ¿en qué dirección se moverá México en el futuro? Ello es tema abierto a la discusión y el debate apenas comienza.

En encuestas levantadas para uno de sus libros, Alduncin encontró que más de la mitad de los encuestados dijo que no deseaba que México fuera como ningún otro país. En contraste, un decidido 20 por ciento indicó que México debería ser como Estados Unidos.

¿Hasta dónde, pues, debería el sistema de valores de México -su código de ética- inspirarse en los valores estadounidenses?

Si bien las respuestas varían, la mayoría de los observadores mexicanos entrevistados para este artículo coinciden en varias cosas: en que los dos países tienen tradiciones éticas muy diferentes; en que ninguna de las dos tradiciones es necesariamente superior a la otra; y en que las diferencias en las tradiciones éticas no impiden un intercambio comercial próspero entre ambos países.

También concuerdan en una sorprendente evaluación negativa del carácter moral de Estados Unidos. "El *gringo* es depredador, siempre obsesionado por ganar dinero fácilmente", dice el periodista León García Soler. "Estados Unidos no puede ser moralmente superior a ningún país del mundo, mientras que el racismo y el voraz apetito por las drogas dominan en dicho país".

Humberto Barquera, sacerdote que asesora a la jerarquía católica en asuntos de ética, está de acuerdo: "Estados Unidos es un país básicamente inmoral", asegura. El sacerdote cree que en política, asuntos de la familia y comportamiento sexual, las normas morales en Estados Unidos son muy bajas. "Pero se rebajan aún más cuando usan su fuerza y su belicismo para asfixiar a otros países más pequeños y débiles como Panamá y Nicaragua".

Un punto de vista más moderado es el del ensayista Federico Reyes Heróles: "Es cierto que el mexicano promedio cree que los asuntos públicos de los Estados Unidos se conducen con un mayor sentido de moralidad que en México. No obstante, no es así en lo concerniente a la moralidad social o individual".

Esta distinción entre la moralidad política y la individual sirve de fundamento a la observación de Basáñez respecto a que "Estados Unidos tiene costumbres sociales más liberales (en el sentido de ser más permisivas) que las que tenemos en México, pero la religiosidad estadounidense es más profunda (en el sentido de ser más estricta moralmente) que la mexicana".

Para el historiador Enrique Krauze, Estados Unidos es el ejemplo perfecto del país "moralista", no del país "moral". La diferencia, dice, radica en el hecho de que los moralistas se dedican a predicar en vez de ofrecer un respaldo a sus principios con un comportamiento genuinamente moral. "Esto se refleja en los escándalos sobre la vida sexual de los políticos estadounidenses. (...) Eso no es más que tartufismo", indica refiriéndose al personaje de Molière, famoso por su hipocresía.

Estados Unidos, entonces, no podría ser el modelo para el sistema de valores que debe adoptar el nuevo y modernizado México. La pregunta es ahora, ¿de dónde surgirán esos valores? Para la mayoría de los mexicanos deben provenir del interior mismo de la nación.

La reforma salinista

En este sentido habría que analizar hasta dónde el programa de modernización que impulsa el presidente Carlos Salinas es visto como un movimiento hacia un sentido superior de la ética. ¿Son acaso los recientes encarcelamientos prueba fehaciente de una campaña de reforma moral? ¿O son simplemente una forma expedita de eliminar a enemigos políticos?

Para el periodista García Soler este asunto es, por lo menos, paradójico. "La mayoría de los mexicanos los perciben primordialmente como actos de valentía (...) Pero esta interpretación implica un verdadero problema ético: ¿por qué se necesita un acto de valentía presidencial para encarcelar a un pillo, a un criminal o a un traficante de drogas?"

La respuesta enfatiza la opinión prevaleciente de que en México hay un sistema judicial irresponsable e ineficiente. También llama la atención sobre los extraordinarios poderes de la Presidencia en México, que le permiten al titular del Ejecutivo indicar y dirigir las funciones que en muchos países caen, por su naturaleza, bajo el dominio de otros poderes.

Para Reyes Heróles tales poderes a menudo conducen al abuso. Por ello niega que las recientes medidas presidenciales tengan una dimensión moral y hace notar que, en vez de eso, "estas acciones fueron tomadas por el presidente para fortalecer su posición política; el hecho de que muchas personas las apoyen, a pesar de su dudoso carácter moral, me preocupa".

Así, el nuevo sistema de valores en México no está directamente relacionado con las medidas presidenciales, aunque tampoco totalmente desconectado.

En México la ética se percibe firmemente como un asunto no sólo de conducta social, sino también de conducta política.

Los foros de la ética

Ya sea que se aprenda en el hogar, en la escuela o en la iglesia, para la mayoría de los mexicanos la ética tiene una dimensión sociopolítica.

De acuerdo con el presbítero Barquera, el primer código de ética que los niños aprenden se formula en el hogar. "Aunque no sea muy explícito y ni siquiera uniforme en todo el país, existe un consenso sobre las nociones morales básicas: honradez, igualdad, generosidad, y demás".

Pero el problema, dice Reyes Heróles, es que la "familia mexicana ya no está tan unificada como a los mexicanos nos gustaría creerlo". La institución de la familia, explica, está atravesando por un periodo difícil, caracterizado en los estratos socioeconómicos inferiores por el abandono de los hijos y por niveles crecientes de violencia doméstica.

El segundo foro de instrucción moral, por cuyo medio recibe la mayoría de mexicanos sus nociones básicas de ética, es la escuela. Allí las enseñanzas éticas enfatizan la dimensión colectiva, cívica e histórica del individuo.

"Los niños adquieren los valores básicos tales como el patriotismo, la solidaridad y el respeto a la ley en el libro de texto gratuito", señala el economista Cordera, refiriéndose a los controversiales libros de texto obligatorios que se distribuyen gratis en las escuelas y que son la única fuente oficial de información para los niños de las escuelas elementales.

Es precisamente del texto gratuito, asegura Krauze, de donde los niños derivan sus confusas ideas sobre muchos temas, incluyendo la ética. "Todo el libro está basado en una noción anacrónica de la educación, que confunde la ética con el patriotismo y que suena como si fuera la letra del himno nacional".

Reyes Heróles lleva el caso un paso adelante, arguyendo que "el sistema educativo de México enseña valores contrarios a los valores universalmente aceptados". Especialmente critica "la eterna invocación de nuestro glorioso pasado para explicar todo. En lugar de esta perpetua búsqueda de nuestros hipotéticos valores superiores, deberíamos realizar un esfuerzo hacia un comportamiento más racional e interesarnos en el progreso".

El tercer foro para la instrucción ética, la Iglesia católica, continúa predicando un código de ética fundado básicamente en los diez mandamientos. Hasta hace poco la Iglesia tuvo un monopolio cerrado sobre los creyentes del país. Hoy, sin embargo, las encuestas demuestran que el catolicismo está perdiendo fuerza en favor de las varias denominaciones protestantes que se han ido estableciendo en México. Aunque es sumamente difícil recopilar datos concretos relativos a la creciente penetración del protestantismo en México, hay una amplia evidencia de que está ganando adeptos rápidamente.

"Las sectas protestantes que operan en Oaxaca y Chiapas -dice Krauze- están sustituyendo los valores y modificando la conducta de los individuos. Así, por ejemplo, han tenido éxito en su lucha contra el alcoholismo".

¿Hacia un México más ético?

Entonces, ¿México se está tornando un país más ético? Si bien no hay una respuesta clara a esta pregunta, García Soler opina que "la mayoría de la gente respondería que sí".

"En cierta forma, después de la crisis de 1982, quizá podamos decir que nos va mejor ahora. No obstante, también existe un extraño cinismo que afirma que a la nación le está yendo mejor, pero que el gobierno sigue en lo de siempre".

Tal opinión la comparte Reyes Heróles, quien observa que "el grado de confianza del ciudadano mexicano promedio en las instituciones públicas es extremadamente bajo, debido a que las personas en que menos se confía son precisamente las que se supone que garantizan la justicia, la legalidad y el orden público".

Para muchos mexicanos, de hecho, la reforma de los sistemas judicial y político es la misma clave hacia el establecimiento de un nuevo conjunto de principios éticos que podrían, finalmente, hacer que el país avance hacia la modernidad.

Con las elecciones de 1988 se produjeron grandes esperanzas de pluralismo político. Sin embargo, en agosto de 1991, durante las elecciones de mitad de periodo, el horizonte volvió a nublarse nuevamente debido a que los partidos de oposición tuvieron una pobre representación y a que el partido en el poder utilizó la imagen presidencial y muchos de sus viejos trucos para asegurarse un virtual régimen de partido único para el resto de la gestión de Salinas.

"Sobre el tema de la ética -concluye Krauze- no es asunto de quién pueda instruirnos desde el púlpito sobre el bien y el mal. Lo que se necesita es un andamiaje sociopolítico en el que impere la ley y el orden, quienes no cumplan con ella que sean castigados. Eso se llama democracia y eso se llama justicia. Lo que necesitamos es el respeto a ambas. Una vez que hayamos logrado la reforma política, podremos modificar creativamente nuestros valores"

Sergio Muñoz Bata es director ejecutivo del informativo televisivo *Noticias 34* de la emisora KMEX de Los Angeles, California; antes de ese cargo fue editor ejecutivo del diario *La Opinión* de aquella ciudad; este artículo apareció originalmente en inglés, una publicación de The Institute for Global Ethics.